

El dolor

Pienso que llega una muerte inesperada a una familia. El dolor es lacerante y abrumador. Todos los muertos dejan un vacío que nunca se rellena. Pienso en el accidente de Luque: cinco jóvenes muertos en la carretera, cinco familias destrozadas, un pueblo entero sumido en el desgarró. ¿Hubiera sido alguien capaz de matar a cinco muchachos como éstos adrede? Me cuesta trabajo imaginarlo y, sin embargo, hoy, 11 de marzo, alguien ha matado a doscientas personas en Madrid y ha dejado heridas a muchos cientos más, algunos de ellos mutilados.

Me resulta difícil de digerir que un muchacho pueda matar a otro muchacho en lo mejor de la vida. Me resulta difícilmente imaginable el dolor de cinco muertes inesperadas Y, sin embargo, alguien ha matado en Madrid a cientos de personas, estudiantes, obreros, inmigrantes, y ese alguien tiene amigos que le han ayudado, compañeros que lo han encubierto, líderes pensantes que le han dado las órdenes o han justificado la ignominia con un victimismo ancestral y palabras hermosas y tiene correligionarios que se emborracharán para celebrar el río de sangre y la montaña de dolor.

No puedo comprenderlo. ¿Cómo sufrirán los asesinos el dolor de sus muertos? ¿Qué veneno circula por las arterias de los fanáticos? ¿Qué le lleva a unos a creerse con derecho a matar a los otros? ¿Qué ideología es capaz de utilizar el dolor de los inocentes y de los humildes, el dolor de los que más sufren, para lanzarlo como una lanza contra los gobiernos? ¿Cómo justificaran doscientos asesinatos las conciencias de los asesinos? ¿Qué gloria, qué hazaña quedará registrada en los libros de actas de los ayuntamientos que los declaren hijos predilectos? ¿Qué le dirán a sus hijos cuando les pregunten por qué lo hicieron?

Juan Bosco Castilla